

Pocas cosas mehanabado y entristece más el ánimo de español que lo que oí una vez decir á un amigo mío, hombre agudo y desapasionado, que había recorrido una parte de Europa estudiando instituciones de enseñanza pública y sobre todo residencias de estudiantes, casas de pensión é institutos análogos. Y es que venía muy dolido del mal concepto que en general se tenía por ahí fuera de los estudiantes españoles. Acusábaseles de varias faltas y sobre todo se decía de ellos que son, con los griegos, los más embusteros de todos. La mendacidad aparecía como un triste estigma inmoral de nuestro pueblo. Y es cosa sabida que la mendacidad es hermana mielga de la mendicidad. Es altamente simbólico esto de que sólo discrepen en un sonido las sendas expresiones verbales de esos dos vicios mellizos.

Hay que hacer observar, como creo haberlo dicho otra vez, que ha habido un tiempo en que los más de jóvenes que salían de España á estudiar en el extranjero no eran, ni con mucho, de lo más escogido moralmente. Solían ser muchachos

resarles, si es que algo de veras les interesaba — lo característico del español es que fuera de casa no le interesa nada —, menos los valores de cultura. Pero eso de la fama de mendacidad es cosa terrible.

Pensando luego muchas veces en ello, he creído que de todos nuestros males públicos el más fatal es éste de la embustería. No creo que seamos peores que otros pueblos en otros respetos, pero basta que seamos uno de los pueblos más embusteros para que todas nuestras buenas cualidades no nos den el fruto que debierandarnos.

La mentira es el arma de los débiles, y en tal sentido defendió Schopenhauer la licitud de su empleo. Pero así como hay una mentira defensiva, hay otra ofensiva. Y es natural que Schopenhauer defendiera el empleo de un arma si la creía eficaz, pues es sabido que en su casta llaman defenderse al agredir. En lo que, por otra parte, no les falta razón, pues un lobo que se echa sobre una oveja para devorarla lo hace para defenderse del hambre. Y así no es fácil saber cuándo una mentira es defensiva y cuándo es ofensiva. Lo que la experiencia enseña es que cuando uno se acostumbra á esgrimir la mentira para defenderse acaba

Acaba uno por enamorarse de la mentira por la mentira misma. Se hace de ella un arte, y cuando se hace un arte de la ementira, acaba por no ser el arte más que una mentira. Y ya á nadie se engaña. Lo más desconsolador acaso de nuestro régimen de mentira es que ésta á nadie engaña, y así nos acostumbramos á dudar de todo, lo mismo de la verdad que de la mentira. De aquí nuestro tan característico escepticismo público.

¿Y si no fuera mentira, si por casualidad esta vez me hubiese dicho, contra su costumbre y acaso su propósito, la verdad? Esta duda le atormentaba una vez á un pobre amigo mío ante ciertas manifestaciones que le hizo un político español, es decir, un embustero entre embusteros. Porque el político español es un embustero elevado al cuadrado ó en segunda potencia, pues lo es en cuanto español y en cuanto profesional de la política. ¿Y quién no conoce aquello de los que engañan con la verdad? Hay embustero que, sabiendo que no le han de creer, dice la verdad para que no se la crean.

¿Quién ignora que entre nosotros, desde el presidente del Consejo de ministros abajo, el arte supremo del político que ocupa el poder consiste en escamotear la verdad? Mienten cuando afirman, mienten cuando niegan y, sobre todo, mienten cuando se callan. Porque el silencio puede ser una gran mentira. Y el silencio que oprime á España es un silencio de mentira.

¿Y la genealogía de la mentira? Somos holgazanes. Yo no sé si es que somos holgazanes por ser pobres ó es que somos pobres por ser holgazanes. Este problema que tan agudamente ha tratado el Sr. Selillas, lo mismo en *El Hampa* que en su teoría básica de picarismo español, encierra un tremendo círculo vicioso.

Por ser holgazanes somos cobardes. Y la peor cobardía es la cobardía para el trabajo, esa cobardía que lleva á tantos desgraciados á exponer su vida ante un toro, diciéndose con el *Espartero* aquello de: «más cornás da l'hambre!» Y la holgazanería espiritual á su vez lleva á los otros, á los aficionados, á la cobardía mental de admirar á los que arriesgan su vida ante el toro, ya que esa admiración no exige esfuerzo alguno de inteligencia. Porque la inteligencia de los llamados *inteligentes* en eso es una de las peores plagas que nos afligen.

Por ser cobardes, somos pordioseros. Nuestra característica mendicancia no es sino hija de cobardía. Porque aquí se mendiga todo, hasta la justicia. Y á quien no la mendiga le llaman soberbio. Que es hoy el título más honorífico en España.

Cuando uno se niega á mendigar, dicen que quiere imponerse. Ya saben mis lectores aquello de: «¡Con imposiciones á mí? ¡No las tolero!» Que es el modo de sacudirse de hacer justicia. Si uno la pide dignamente, le contestan con embustes ó con dilaciones y evasivas, y si harto de soportar habilidades alza la voz de hombre libre y esgrime la verdad, entonces es que quiere imponerse. Así, al menos, piensa la canalla.

Y por mendigos somos embusteros. El arma de la pordiosería es el embuste. El mendigo tiene que mentir, porque cuando á un mendigo se le ocurre mendigar con la verdad — y se ha dado casos de ello —, ha tenido que morir de hambre. O ha resultado el tipo estupendo del mendigo orgulloso. Sabido es, en efecto, que el orgullo consiste en esgrimir la verdad y defenderse y atacar con ella. En cambio, lo que se llama humildad ó modestia no suele ser más que el artificio doloroso de la mentira.

Toda la reforma moral, y por lo tanto política, de España, no estriba más que en establecer el amor y el respeto á la verdad y á la veracidad.



F  
cari  
ya r  
ni p  
Al  
más  
per  
ni s  
  
F  
tú s  
cua  
y ca  
Am  
filó  
  
J  
mel  
men  
hen  
Tú  
y co  
y ve  
la g  
Cul  
din





El amor no es más que veracidad, y así aquellas palabras del divino Maestro de que al que ama mucho le será perdonado mucho, cabe trasladar diciendo que al que sea veraz le serán perdonados sus pecados. Sólo a un hombre prometió la gloria eterna él, el Cristo, y ese hombre fué un bandolero que se confesó, que fué veraz, que no calló lo que sentía de sí y del otro.

Un ámbito plúmbeo de mendacidad constriñe á nuestra vida pública. Y es la más terrible mendacidad, la del secreto en que están todos. Todos, en efecto, están en el secreto, y por eso es más secreto aún. La verdad puede pasearse desnuda por las plazas sin que nadie la vea. Por ir desnuda no la ven. Y si se viste sólo ven su vestidura y no la ven á ella. Y la vestidura de la verdad invisible resulta una terrible mentira. Con esos vestidos visten un maniquí cualquiera.

Conoci un hombre diabólico, especie de Maquiavelo provinciano, exento de la vanidad de su maquiavelismo. Es decir, que así como hay quienes dejan de ser hábiles con tal de parecerlo — y entre éstos se cuentan no pocos de los que pasan por maestros consumados en habilidades —, ese hombre diabólico de que digo dejaba de parecer hábil con tal de serlo. Era, en fin, de los que saben hacerse el tonto. Y en cierta ocasión de unas elecciones senatoriales, decía á uno de los dos candidatos: «mire usted, señor X, yo no tengo más remedio que decir á Z que le he de votar y hacer creer que le votaré, ¡pero mi voto es para usted!»; y luego se iba á Z, y le decía lo mismo con relación á X, y es que prometería á éste su voto, pero para no dárselo, y al cabo se vino á mí y me dijo lo que había dicho á uno y á otro, y cómo aseguraba á X que engañaría á Z prometiéndole su voto y aseguraba á Z que engañaría á X prometiéndoselo. Y á mí, que no era candidato ni mucho menos, no podía engañarme, y me decía: «verá usted, mi papeleta llevará tal marca». Y, en efecto, salía una papeleta con aquella marca de infamia. Y el hombre que hacía esto era un hombre hábil que no necesitaba mentir para engañar.

Acaso lo de decir siempre la verdad, créanla ó no oportuna los hábiles y los discretos según la feria, sea todo un programa y sin otra cosa alguna. Ponerse cara al oleaje del porvenir sin más soluciones que la de no callar la verdad y que de su declaración surja la solución que haya de aplicarse. Que si ante un hecho se dice toda la verdad, toda y sola la verdad, la verdad entera, y no más que ella, al punto se ponen todos los hombres de buena voluntad de acuerdo en lo que hay que hacer. Y ante el secreto ó la mentira todos disienten, aunque parezcan conchabarse. Sólo la verdad une.

Miguel de Unamuno

